ABC 24 mayo 1960

117

TRISTEZA

ACABO de concluir la lectura del II tomo de la "Historia de la España Contemporánea" que el admirable Melchor Fernández Almagro ha sacado a la luz. Es un tomo de casi mil páginas, impreso en nobles y claros caracteres, enriquecido con diversas ilustraciones y múltiples documentos. Trátase de una obra pensada y madurada de antiguo. Es algo así como un gran río cuya anchura de márgenes, cuya profundidad anticipaban ya, a manera de afluentes, otros trabajos suyos anteriores, volcados sobre el estudio de la época, que abarca éste: la regencia de doña María Cristina.

Lo he leído como si cuanto acaeció en España en su transcurso me fuese totalmente desconocido, como si ignorase por entero lo que iba a suceder y Fernández Almagro me diese la primera noticia, como si él fuese el único sabedor y, a la vez, sólo relator de los azares, los quiebros y zigzags de la vida española desde 1885 a a 1902. A colocarme en ese estado de inocencia me ha ayudado esencialmente su destreza. Porque los buenos narradores ganan sus entorchados no por la novedad de la anécdota, sino por los aderezos de que la visten y las especies con que la sazonan. Fernández Almagro, andador, explorador de trochas y caminos que nos son familiares, que nuestros padres han recorrido, ya que no nosotros mismos, dibujante de paisajes que tal vez no hemos contemplado con nuestros ojos, pero que nos han descrito cien veces antes; crítico de hechos e incidencias que, por nuestra parte, hemos oído glosar y comentar en innúmeras ocasiones, nos ayuda merced a su claridad expositiva, a su imparcialidad y lejanía, a embarcarnos en su nave candorosamente, como si ignorásemos cuál es el rumbo que ha de tomar cuando salga del puerto.

Por un instante llegamos a creer que la paz de Zanjón no se alterará nunca, que la autonomía de Cuba llegará a punto, que la Intervención del Santo Padre contendrá la impudicia del Mac Kinley y abortará la guerra más injusta del siglo, que la escuadra de Cervera forzará el bloqueo, que no se desencadenarán, en suma, todas las catástrofes que el destino precipitó sobre nuestras pobres espaldas. Pero esa patética ilusión nos dura poco. Las páginas que suceden a aquellas que contienen noticias esperanzadoras nos anonadan con sus atroces nuevas y, aunque paradójicamente no tengamos derecho a dolernos ni a sorprendernos por cuanto que nos son conocidas y las esperamos, el desaliento, el íntimo dolor, la amargura, nos asaltan de manera irremediable.

Si en una sola palabra hubiese de concretarse la impresión que la lectura de ese pedazo de la historia de nuestra patria produce, yo diría: tristeza.

Sí; es una historia triste la historia de la Regencia de doña María Cristina. Y no, en verdad, porque en ella no existan figuras de extraordinaria valía—y centrándolas, la de la propia Reina, paradigma de discreción, de buenas intenciones, de sacrificios, de rectitud—sino porque el juego de leyes, casi ineluctables, convirtió a los personajes y personajillos de aquel retablo en simples marionetas incapaces de sacudirse la maldición del destino. Una escuadra más fuerte, un ejército más numeroso o mejor dotado, ¿cuántos años hubiera podido guardar uncida a la Corona de España la isla de Cuba? La separación era, sin duda, inevitable y a ese final nos arrastraba la fatalidad sin remedio, como a los héroes de las tragedias de Esquilo los vientos y las mareas y el abandono de los dioses.

Nosotros—nacidos después—heredamos un regusto salado y acre de nuestros mayores, del que aún no nos despojamos por entero y que a los puntos de la pluma nos viene con frecuencia, por poco que ahondemos. Somos, al fin y al cabo, los hijos, no los nietos, de los arrojados del Paraíso. Pero debió de ser desolador tener cuarenta años en 1898. ¿Contra quién pudieron alzarse, rebelarse, nuestros compatriotas de entonces? ¿De quién era la culpa? ¿De qué estadio, de qué ideología, de qué político o militante? ¿Los gobernantes, el pueblo? ¿A cuál de los dos sectores o, si lo eran ambos simultáneamente, en qué parte proporcional había de considerárseles reos de tamaño siniestro? Saquen otros las conclusiones, si ello es posible, a la vista de esa tremenda autopsia que Fernández Almagro lleva a cabo doce lustros más tarde, tan objetivamente que se diría como operada sobre carne extraña, sin que la pasión la enturbie, sin que su cristal se empañe.

Nosotros estamos hoy en el secreto y sabemos que aquello no tenía arreglo; que, dados los antecedentes, el consiguiente era fatal; que una especie de biología geográfica determinaba la hecatombe; que en suma, no había modo de liberarse de aquel trance de mala fortuna. Era, sencillamente, el principio de una época que adquiriría su máximo desarrollo muy pronto; la iniciación en la madurez de las colonias que, después de la segunda guerra, ha completado su ciclo; un paso grave en la declinación del poderío de Europa. Cierto que la experiencia ajena abre los ojos, que la sangre latina y la sajona si, analíticamente es la misma, funcionalmente no; que algunos de esos postreros lazos con las respectivas metrópolis se desataron ya y seguirán desatándose a base de transacciones y no de batallas, pero el resultado es el mismo.

Para seguir andando como pueblo, hubo que echar por la borda tanto amargor. Leyendo a Fernández Almagro, dijérase que la jura del Rey hubiese abierto por sí sola horizontes esperanzadores. El "sursum corda" latía, tácitamente, bajo los gallardetes, flámulas y oropeles de aquel día de mayo de 1902, apenas vencidas las negras tormentas del 98, mientras las carrozas reales llegaban al Congreso.

Melancólico sino el de nuestros predecesores. Yo, ciudadano con carnet de identidad y profesión conocida en la etapa que será el corazón no ya del tomo tercero, sino del cuarto, que ojalá Fernández Almagro llegue a publicar, doy gracias a la Providencia que me ha permitido, en 1960, conocer una Patria más cuajada, más rica, más en vías de salvación que la de entonces.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española

(Foto V. Muro.)